



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 28.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Octubre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

ÉGLOGA PASTORIL,

EN QUE SE DESCRIBE EL BOSQUE DE ARANJUEZ Y EL NACIMIENTO DE LA SERENÍSIMA INFANTA DOÑA ISABEL DE ESPAÑA (1).

Otras, del prado ameno várias flores,
Segun su vário gusto iban cogiendo,
Y luego las hechuras y colores
Estaban larga pieza confiriendo;
Otras, en otra parte sus amores,
Presentes y pasados, refiriendo;
Con las nuevas historias que contaban
Las antiguas heridas renovaban.

Otras, con instrumentos delicados,
Que sólo para aquel uso traían,
Mil casos, por poetas celebrados,
En las verdes cortezas esculpían;
Los vivos, tan al vivo retratados,
Y los muertos, tan muertos parecían,
Como si aquellos cierto respiráran,
Y estotros en aquel punto espiráran.

Mas Glauce, de las ninfas la más bella,
Cuanto en ingenio más aventajada,
Debajo de un moral, á una doncella
Tenía de una parte dibujada,
Y una fiera leona junto á ella
Estaba casi toda ensangrentada,
De lo cual advertida, el manto habia
Dejado, y con ligeros piés huía.

La brava fiera en otra parte estaba
El manto, en vez del dueño, apedazando,
El infelice amante se acercaba,
Que sin culpa á morir viene aguijando,
Y de la fiera el misero hallaba
El manto y sangre, y su mal sospechando,
Lo que muy presto su dolor hiciera,
Hacía su aguda espada y mano fiera.

Mostrábase el moral, que recibiendo
El rojo humor, que con furor subía,
Iba en color de púrpura tiñiendo
El fruto que ántes blanco parecía.
La medrosa doncella allí volviendo,
Viendo morir aquel por quien vivía,
Sobre la misma espada se arrojaba
Y con el cuerpo amado se abraza ba.

Filis, con admirable sutileza
Estampaba el suceso desdichado
De la hermosa Progne, y la cruzza

Con que la trujo su traidor cuñado
El mensajero lienzo, con destreza
Maravillosa estaba dibujado,
Cuyo alto y extrañísimo artificio
Manifestó el infame maleficio.

Pintado aquel horrendo caso estaba
Do el tierno hijo degollado habia
La cruda madre, y parte dél cortaba
(¡Oh caso acerbo!) y parte dél comía,
El ignorante padre se hartaba
De aquellas carnes que engendrado habia,
Por mastresala Némesis sirviendo
Y por pajes las furias asistiendo.

Veíase tambien que Filomena
Hería el rostro del crúel cuñado
Con la cabeza de Itis (digna pena
A hecho tan nefando y tan malvado),
La sangre que corria en larga vena
Toda la infausta mesa habia manchado;
Tras las hermanas dos, corria furioso
Tereo de vengarse deseoso.

Ellas huyendo el duelo que temian,
Dejaban de correr, y dél volaban;
De plumas ya los dedos se cubrian,
Ya los brazos con alas se tornaban,
A picos ya los rostros reducian,
Y los cuerpos de pluma cobijaban;
Progne guardó en el pecho por indicio
La sangre del horrendo maleficio.

La triste historia y el dibujo della
Transformando á Tereo feneciera
La diestra mano de la ninfa bella,
Si justa ocupacion no la impidiera;
De aquella labor vino á removella
Cirene, de Dafne y Cintia mensajera,
Que en cierta competencia que tenian
A Filis por juez tomado habian.

La mensajera un lienzo desplega
Donde la hermosa Dafne habia tejido
Con arte que á natura atras dejaba
El lugar nunca bien encarecido;
El ilustre edificio se mostraba,
El bosque y huerto arriba referido,
Tan claro, que quien la pintura viera
De mirar la verdad deseo perdiera.

Estaban las sombrosas arboledas
Las proprias muy al vivo remedando,
De verde obscuro y claro várias sedas,
Troncos, ramas y hojas variando;
Víanse allí las industriosas ruedas
Tan al natural agua derramando,
Que con razon pensaba quien lo vía

Que de allí era el ruido que se oía.

Ruiseñores dos mil, y silguerrillos
De mil colores muy diferenciados,
Estaban en los brazos y ramillos
De los hojosos árboles sentados,
Volaban multitud de cupidillos,
Colgando arcos y aljabas á los lados,
Y á ninfas y pastores que allí andaban
Las amorosas flechas encaraban.

De un lucidísimo oro figurado
Estaba sobre todo el gran Cupido,
Que al misero Virgilio habia en el lado
Siniestro con dorada flecha herido,
Yá el arco con que á Silvia habia cargado
La temerosa mano, habia perdido;
Y sin alas apriesa se bajaba
Y á los piés de la ninfa se postraba.

Estaban en manadas los venados
El desastrado caso allí acordando,
Unos sobre la verde yedra echados,
Otros los tiernos ramos alcanzando,
Corzos y gamos tan domesticados,
El monte y bosque andaban paseando,
Que de las ninfas permitían tocarse
Y de olorosas flores coronarse.

Un avestruz se vía al diestro seno,
Cuya grandeza á todos admiraba,
Que con semblante de placer ajeno
Por la consorte muerta se quejaba;
Un ancho estanque á par, de cisnes llenos,
Bañándose, el sol viva espuma alzaba,
De las aves de Juno habia manadas,
Con mil ojos de Argos variadas.

Viendo aquel lienzo, otro descogia
Do la ingeniosa Cintia habia labrado
La larga historia del felice día,
Que aquella fiesta habia principiado.
Un rico y ancho tálamo se vía,
Y en medio dél un muy curioso estrado
Do Galatea, la prenda peregrina,
Pone en las doctas manos de Lucina.

La cual, ya recogida, más que cuando
De Indimion los brazos la acostaban,
La ya nacida infanta estaba dando
A las tres Gracias que par della estaban,
Aglaya, la cual en frías sedas empañando
Se vían los tiernos miembros que ofuscaban
A los dos claros rayos que Talía
Mirtos, laureles y rosas esparcía.

Eufrosina, en su oficio diligente,
Tenía allí una cuna aderezada,
De las más ricas perlas del Oriente

(1) Conclusion. — Véase el número anterior.

Sobre el marfil y oro variada;
La ciega diosa, artificioosamente
Junto á la cuna estaba dibujada
Riéndose á la Infanta, asía la rueda
Como que no podía tenerla queda.

Al diestro lado estaban las tres diosas
Que compitieron en el valle de Ida;
Con letras en las manos muy quejadas,
Las están dando á la recién nacida.
Juno le dice: «Mientras que reposas
En la mortal, por tí, dichosa vida,
El mismo lugar quiero que en el suelo
Tengas que tengo yo en el alto cielo.»

Pallas dice: «Tu claro entendimiento,
A quien acá no es Dios, quiero que exceda,
Y de lo que es posible, no contento,
Lo que es á todos, imposible pueda,
Mientras te durará el vital aliento
Yo me retiro á mi primera rueda.»
Vénus dice: «Yo pongo en tu albedrío
Mi sér, valor, mi reino y señorío.»

Lachesis, Cloto y Atropos se vian
Hácia el siniestro lado, y de oro fino
Un copo en la fatal rueda ponían,
Do estaba escripto el nombre peregrino,
Junto al cual unas letras parecían
Que así sonaban: Ésta al mundo vino
Á mostrarle en su ingenio y hermosura
Cuán mucho puede el cielo y la natura.

La tierna ninfa, el rojo Apolo estaba
De laurel y de mirto coronando
El docto y casto coro; se acercaba
En corro alegre, el parto festejando;
Astrea estaba allí, y allí mostraba
Un breve, que á la ninfa estaba dando;
En la tierra estará, cuanto estuvieres,
Y al cielo volveré, cuando allá fueres.

De ambos á dos lienzos la excelencia
Filis había mirado atentamente,
Y no hallando entre ellos diferencia
En el juicio, estaba indiferente;
Fué al fin interrumpida la sentencia
De dos zampoñas, que suavemente
Venían dos pastores entonando,
El oído y las selvas alegrando.

Eran Virgilio y Dafnis, dos pastores
En toda Lusitania celebrados,
Iguales en edades y en amores,
Y en cantar sobre todo aventajados;
Y por poner alivio á sus dolores,
Teniendo recogidos sus ganados,
Las voces y zampoñas concertaron,
Y á veces estos versos entonaron:

DAFNIS.

Oreadas divinas y graciosas,
Del monte y bosque guarda verdadera,
Si á mis querellas os mostrais piadosas,
Si os mueve mi congoja lastimera
Mostraros heis con Charis ingeniosas,
Haciéndola conmigo menos fiera;
Y si esto no quisiere mi ventura,
Queréd siquiera honrar mi sepultura.

VIRGILIO.

Cual la segura nave, con bonanza
Va dividiendo el agua sosegada,
Á quien da el blando céfiro esperanza
De tomar presto tierra deseada;
Ya no le es enojosa la tardanza,
Ántes desea más larga la jornada;
Tal fué algún día mi seguro estado,
Cuando de Silvia fuí Virgilio amado.

DAFNIS.

No lucen tantas flores en los prados,
Cuando en el toro Febo alegra el cielo;
No atajan tantas hierbas los ganados
Que pisan de Tarento el fértil suelo;
No tantas gotas cuaja en los helados
Tanays y Istro el perezoso hielo,
Cuántas las flechas son con que ha asestado
El fiero amor á mi siniestro lado.

VIRGILIO.

De la tigre espantosa es la braveza
Cuando es de sus hijuelos despojada;
De la víbora vemos la fiereza,
Cuando es en el ardor del sol pisada;
Mas quien hubiere visto la crueza
De que usa con Virgilio Silvia airada,
Dirá á la cruda víbora cordera,
Y oveja llamará á la tigre fiera.

DAFNIS.

El vago viento en red podrá cogerse,
Y en chico vaso el ancho mar cerrarse;
El caudaloso río atrás volverse;
Los ciervos en el aire apacentarse;

En clara noche el ártico esconderse;
Los lobos y corderos amigarse;
La noche el sol dará, la luna el día,
Ántes que vuelva á colmo mi alegría.

VIRGILIO.

No, fiera tempestad; no, rayo airado,
Que con furia y ruido el aire hiende;
No, turbio y ancho río, que, hinchado,
Del monte con tronido, al mar desciende;
No, toro en fuerte lucha despojado,
De quien feroz leon mal se defiende,
Podrán tanto espantarme con su ira,
Cuanto mi Silvia cuando airada mira.

DAFNIS.

Agrestes Faunos, dioses muy piadosos,
Que en la sombría selva estais metidos,
Así sean vuestros ruegos amorosos
De las crüeles ninfas admitidos;
Haced que el viento de mis amorosos
Suspiros parte lleve á los oídos
De la que, por no oír lo que padece,
Su Dafnis cual cruda áspide ensordece.

VIRGILIO.

Ya los peñascos duros se enternecen,
De mis continuas quejas condolidos;
Con mi perpétuo lloro los ríos crecen,
Y á consolar me prueban sus ruidos;
Las aves que me escuchan enmudecen,
Y olvidan con piedad de mí sus nidos;
Silvia sola de mí huye y se esconde,
Y á voces que le doy no me responde.

DAFNIS.

Charis, más bella que purpúrea rosa,
De cristalino aljófár rociada,
Más dulce que la miel y más sabrosa,
Más blanca que la nieve no pisada;
Si tú me fueses menos rigurosa,
Si tú de mí quisieses ser amada,
Ganado, hato y leche olvidaría,
Y tras tí día y noche me andaría.

VIRGILIO.

El prado en todas partes se enriquece
De verde, azul y rojo engalanado,
Y el fresco y verde bosque reverdece
De nueva rama y hoja ataviado;
La dulce Filomena ya parece
Que renueva la injuria del cuñado;
Las hierbas se hermocean con el rocío,
Y á mí solo me seca tu desvío.

DAFNIS.

La rica Samos y inclita Micénas
Están al alma Juno consagradas;
Las torres de la ilustre y docta Aténas
De la casta Minerva son guardadas;
De la ribera Cypria las arenas
Son de la bella Vénus paseadas;
Mas donde la ciudad de Pan se nombre,
Micénas, Cyprio, Aténas pierde el nombre.

VIRGILIO.

Á Júpiter la encina es aplicada;
El pino es de Cíbèles escogido;
Á Pálas fué la oliva dedicada;
El arrayán de Vénus conocido;
Del dios Baco la yedra es estimada;
De Apolo en precio es el laurel tenido;
El álamo es de Alcides la memoria,
Mas todos á la palma dan victoria.

De sus dorados rayos Febo avaro
La luz al mundo á más andar quitaba,
Y el ya bermejo rostro, alegre y claro,
Mirar de hito á todos se dejaba,
Y cada vez el són más y más claro
De las dulces zampoñas se escuchaba,
Cuando las ninfas juntas se mudaron,
Y hácia el claro Tajo enderezaron.

Á la mojada arena ya llegadas,
De las ninfas de Tajo comedidas
Fueron las extranjeras, muy rogadas
Que allí durmiesen; pero no vencidas
Con palabras, al fin enamoradas,
Las unas de las otras despedidas,
Las unas á sus selvas se volvieron,
Y en su estanque las otras se metieron.

GOMEZ DE TAPIA GRANADINO.

LA CAZA DE BALLESTERÍA.

(Véase la lámina de la página 221.)

Consideradas las armas como la base y la columna más fuerte que sustenta á las sociedades, defendiéndolas y abri-

llantando el esplendor de su magnificencia y de sus conquistas, era lógico, y así se reconoció y practicó siempre, que en los tiempos de ocio y de paz eligiesen los hombres un ejercicio violento, al par que varonil y agradable, que les distrajese en su forzada inacción, recordándoles los peligros y peripecias de las funciones de guerra. Adoptaron, pues, como más útil el de la caza, escuela perfecta de milicia, según dice un escritor del siglo XVII, viva imitación de la dureza de las armas, y en cuyo uso se hacen vigilantes los sentidos, se desarrollan las fuerzas, los miembros se fortifican, se engrandecen los corazones, y por último, se pierde el horror de la sangre y escándalo de la muerte.

Definida la caza de tal manera, y explicada así su índole y su tendencia, se comprende fácilmente con cuánto ardor y con cuán afanoso entusiasmo se entregarían á ella los pueblos de costumbres señoriales, y unos nobles y caballeros que se enorgullecían diciendo:

Mis arreos son las armas;
Mi descanso, el pelear;
Mi cama, las duras peñas;
Mi dormir, siempre velar.

Correr el monte, buscar y perseguir á las fieras y á las aves para rendirlas y sujetarlas á su dominio, tal fué el recreo favorito y universal del hombre en unas épocas que pudieran llamarse de hierro, porque hasta de hierro se vestían aquellos colosos que asombraron al mundo con el vigor y el empuje de su brazo.

No hay nunca efecto sin causa, y como efecto y consecuencia de los hábitos venatorios de entónces, apareció la ballesta en las robustas manos de los cazadores.

El origen verdadero de este arma formidable se pierde en las nebulosidades de lo desconocido. Sábese ciertamente que se empezó á usar para la guerra á principios del siglo XI, hasta que en 1139 se proscribió en el concilio de Letran por cruel y mortífera (*artem mortiferam et Deo odibilem*). Sólo continuaron usándola los ingleses, volviendo á introducirla en el continente Ricardo, Corazón de Leon, durante el reinado de Felipe Augusto.

Pero si fué considerada como *desleal* y *traidora* para combatir á los hombres, continuó adoptándose en el ejercicio de la caza, naciendo de su hábil manejo el cazador de más mérito entre todos, que tomó, como era consiguiente, el nombre de balletero, y que había de ser universal en todos los géneros de caza mayor y menor, porque el montero está limitado á uno en particular, sin tener igual ciencia y destreza en todos.

La ballesta, tal como la describe Alonso Martínez de Espinar en el precioso libro que publicó á principios del año 1644, es un instrumento muy anterior, por supuesto, al arcabuz, compuesto de un palo que tiene dos nombres, cureña y tablero; los hierros que le guarnecen por donde está la nuez y la cabeza se llaman quijeras, embebidas éstas en la madera y ajustadas á flor, y los que rodean al agujero que atraviesa el tablero por cerca de la cabeza se llaman flores, y tiene una en cada parte. La llave que desarma la ballesta es un hierro largo que está bajo la cara del tablero; todo lo que de ella entra en él se llama pié de llave, y lo que se arrima á la quijera, celada. Debajo de la llave hay un palillo, que es el muelle, el cual hace que suba y baje aquélla cuando se arma y desarma la ballesta. Lleva asimismo el tablero un disco de hueso ó de marfil llamado nuez, que se labra de uno que los venados tienen en la cabeza junto al nacimiento de los cuernos. No los hay tan fuertes para este efecto de otro animal. En medio de la nuez hay una pieza de acero que por dentro se encuentra con la llave, asiéndose mutuamente así que está armada la ballesta. El sitio en que rueda y anda esta nuez se llama caja, provista de dos huesecillos, uno por la parte de arriba y otro por la de abajo, llamados antepecho y traspecho.

En la cara del tablero, más arriba de la nuez, hay otro hueso largo que se nombra la canal, y el tablero, de la nuez abajo, rabera; el estribo es un hierrecito que tiene la ballesta en la cabeza á modo de sortija, teniendo asimismo dos fieles de acero, uno embutido en el tablero y quijeras en que está la llave, y otro fuera de ellas, lo que basta para que puedan rodar en él las navajas de la garfa así que se arma la ballesta. El arco ó la verga, puesto que ambos nombres son sinónimos, es general-

mente de acero, va fijo en el centro de la cureña y sujeto en sus extremidades por la cuerda.

Las ballestas de guerra se montaban como verdaderas piezas de artillería, disparándose con ellas guijarros y pelotas de plomo ó de arcilla; pero las de caza fueron siempre portátiles, usándose como proyectiles ó como *lances*, según se decía, los virotes y las jaras, ó sean palos de madera fuerte guarnecidos con piezas puntiagudas de hierro. Las jaras son las mejores, porque puede tirarse con ellas á 150 pasos; los virotes son más pesados, y los había herrados para las perdices; palomeros, un palmo más largo que los otros, con una virola de hierro en la punta; pasadores más gruesos que la jara; rallones con la punta como corte de escoplo, y saetones muy largos y puntiagudos para tirar gazapos. En medio se les ponía una tranquilla, con objeto de que los animales no pudiesen entrar por las bocas de los vivares. Algunas jaras se emponzoñaban, impregnándolas de un veneno llamado *hierba de ballestero*, y hecho con el jugo de unos nabillos menudos que se cogen en las sierras de Béjar y del Guadarrama.

El manejo de la ballesta es más seguro para la vida del hombre que el de las armas de fuego, que empezaron casi á desterrar á aquélla desde el siglo XVII, porque no ha producido desgracia de muerte por quebrarse la verga ó la cuerda, que es en lo que hay peligro y que suelen faltar muchas veces. Algun daño se recibe, pero no es considerable. Es además arma silenciosa y secreta; mata la caza y no espanta, «que es lima sorda, si el que la trae es diestro», como dice Martínez de Espinar, teniendo además la gran ventaja de la mayor limpieza en su uso y del poco gasto que produce. Da muerte á todo género de piezas de caza mayor y menor, tira diferentes armas, es muy ejecutiva, y nunca falta el tiro, queriendo su amo que dispere.

Las principales condiciones para ser perfecto ballestero eran, en primer término, sentirse inclinado al ejercicio de la montería, soportando las rudas penalidades que trae consigo; tener buena vista para no perder las ocasiones, y sobre todo, buen tino, circunstancia esencial en la que estriba el logro de sus deseos y la recompensa de sus afanes. De nada le servirían las fatigas que pasa, el encontrar rastros seguros, ni el encararse con las reses, si le falta tino para acertarlas y para guiarse en unos parajes como los del monte, donde no hay sendas, ayudándose del sol y de los vientos, á fin de no perderse entre las malezas y espesuras. El reloj de sol, la aguja imantada para orientarse en las horas de la noche, y los avíos de encender lumbre, eran enseres necesarios á todo ballestero que comprendía los riesgos y sabía precaver las eventualidades.

Antes de la adopción del defectuoso arcabuz y del perfeccionamiento de las demás armas de fuego, reinaba la ballesta como dueña absoluta en el arte de la montería, siendo muy estimada mientras no se tiró al vuelo, y saliendo hombres muy hábiles en su manejo.

Organizábanse las batidas como los ojeos del día para caza menor, y colocada la línea de señores en sus puestos, comenzaban los monteros en la paralela á echarles las reses, levantándolas con su tradicional vocerío, con el toque de los cuernos, y con el auxilio de los alanos y los sabuesos, que no dejaban mata libre ni breñal que se escapase de su busca y de la inspección de sus hocicos formidables.

Así como la escopeta tiene la cualidad de suprimir las grandes distancias con su alcance, la ballesta, bajo este punto de vista, era arma muy limitada y de escasos recursos, viéndose los caballeros obligados para dispararla á tener la caza cerca y bien desembarazado el monte. El ligero silbido de la jara al salir impulsada por el arco, no espantaba á las fieras, cual sucede con las armas que detonan, cayendo á veces una res á pocos pasos de otra, que, sin apercibirse del peligro, continuaba sirviendo de blanco al ballestero apostado en un sitio inmediato.

Las batidas, pues, eran tan divertidas como fructuosas, y tenido en tanto el arte de la ballestería, sobre todo en España, que las expediciones venatorias se convertían en justas verdaderas y en brillantes torneos, ocasionados á que los señores rivalizaran en el tiro, ufanándose hasta los reyes y príncipes con el honroso título de *gran ballestero*, título que obtenían, no sólo por manejar bien el

arma, sino por lacear á caballo gamos y venados, por saber concertar las reses y conocer sus pasos, salidas, viviendas, aguaderos y querencias, y hasta los vientos favorables que rigen la marcha de los animales en el monte, determinando sus costumbres y su paradero.

Las ballestas más perfectas y las de mejor encaro son las que tienen el tablero derecho desde la rabera hasta la cabeza; el cazador para acertar con ellas ha de poner el dedo pulgar en el remate del arma, y luego, cogiendo con la mano el tablero y la llave, arrimarlo al ojo cuanto quede libre y se descubra por encima la cabeza de la jara, apuntando y disparándola después al sitio que desea, pues así dará justamente en el blanco.

El tiro con virote es á 25 pasos; pero las jaras, que son más ligeras, alcanzan, como ya hemos dicho, hasta 150.

Como remate oportuno de estas breves noticias sobre la ballestería, reproducimos hoy para solaz de nuestros lectores el magnífico grabado, que representa la muerte de un venado herido por un certero ballestazo, y que va á morir en el riachuelo donde fué quizás pocos momentos antes á remojar sus fauces, abrasadas por la anhelosa carrera. No falta ningún accidente que contribuya á la grandeza de la escena agreste y solitaria, cuyo principal actor, ó sea el intrépido ballestero que aparece en el barranco, se sujeta con fuerza á las ramas de un árbol bravío, y contiene su cuerpo en la repisa natural que le ofrece una piedra, contemplando con curiosidad y con orgullo la hermosa res que agoniza rodeada de flores silvestres, y mostrándole la boca de la ancha herida por donde se le escapa el último aliento.

Lances llevados á cabo con las circunstancias de éste, sólo pertenecen ya al dominio de la leyenda, y la montería ha sufrido reformas esenciales desde aquella época en que el inmortal ballestero de Suiza atravesaba una manzana colocada en la cabeza de su propio hijo.

El humo de la pólvora ha ocultado, pero no oscurecido, las glorias de la ballestería ni las hazañas de los ballesteros, reducidos hoy á lucir su destreza en los regocijos públicos que se celebran en ciertos países, y á recordar con pena los fueros y las preeminencias de sus antecesores.

Van desapareciendo, por desgracia, uno por uno todos los accesorios del cuadro que representaba las costumbres caballerescas, perdidas ya en la bruma de los recuerdos, y con ellos también se fué la ballesta, cuya oración fúnebre copiamos de la que le dedica el mismo Alonso Martínez de Espinar en el folio 17 vuelto de su *Arte de Ballestería*:

«Está tan perdido, dice, el uso de este instrumento en España, donde antiguamente hubo tanto primor en él, que he querido decir sus vocablos, huesos, hierros, tan por menudo, para que siquiera en la memoria de algun curioso no se pierda, y porque es el mejor modo para enseñar á los príncipes en sus niñeces, porque en la ballesta aprenden las delgadezas de la puntería para cuando ejercitan el arcabuz, y tirar la bala, cosa que se debe saber con todo primor, que siempre es de su real grandeza ocupar el ocio en matar fieras; y siendo diestros en el instrumento de la ballesta, con facilidad lo son en los instrumentos de fuego, sin temerle, ni su movimiento.»

C. T.

EL MES DE OCTUBRE.

(Véase la lámina de la página 224.)

No hay ya que hacerse ilusiones ni alimentar esperanzas de que se prolongue la estación del percal, de los baños y de la horchata de chufas.

El invierno se nos viene encima. Cayeron esas que llamamos *cuatro gotas*, que no bastan por sí ni para aplacar la sed de un pájaro, pero que todos los años operan, como éste, una revolución en las costumbres, cambiando por completo el orden de nuestras ideas. Ellas ahuyentan de las costas á los que aún permanecían en Setiembre saturándose los pulmones con la brisa deliciosa de los mares; dejan desiertos como por ensalmo los establecimientos balnearios y los manantiales de aguas más ó menos salutíferas; los trenes se atestan de criaturas que regresan tiritando en busca del calor del hogar, con muchos pesos duros de menos y unos cuantos desengaños más, que no sirven de enseñanza ni de escarmiento á los

atacados de la costosa manía de viajar; y como si esa primera lluvia fuese una barredera colosal que todo lo arrollase á su paso, todo el mundo hace la maleta y se precipita en revuelto torbellino á tomar á escape sus cuarteles de invierno.

Y en verdad que le sobra razón para ello, porque las cuatro gotitas determinan una perfecta variación atmosférica y un cambio radicalísimo en el aspecto de la sociedad que nos rodea. El termómetro baja á paso de carga, sin tener en cuenta que aún pisamos estera de junco, y que nos sentamos en mecedoras de rejilla; las crestas de las vecinas montañas se adornan con una corona de nieve, indicando que ya han empezado á hacer el depósito de pulmonías; grupos innumerables de nubes pasan y repasan sin cesar sobre nosotros, robándonos el calor y la luz, para que pensemos sin duda en la ropa de invierno y en los combustibles que han de alimentar la chimenea; los balcones se cierran á piedra y lodo, desprovistos de las flores que se entretejan en purísima guirnalda, y donde ya no luce su donaire y su hermosura esa otra flor del género humano, que llena con su imagen de ensueños nuestra mente y de amor nuestros corazones; tápanse con cuidado las rendijas de las puertas, á fin de que no penetre ese aircillo sutil que se cuele sin pedir permiso al dueño de la casa; y mientras el cierzo helado de la noche se lleva los restos de la vegetación que acaba de morir, dan los pintores la última mano á los teatros que abren sus puertas, salen á relucir abrigos y adornos de pieles, y cuelgan de la puerta de los almacenes centenares de capas nuevecitas y flamantes, incitando la envidia y el deseo de quien no puede procurarse esa prenda esencialmente española, y con la que aparece embozado en la historia el recuerdo del célebre Esquilache.

Todo este preámbulo sirve para formular una protesta contra el Almanaque, que anualmente nos engaña colocando á Octubre entre los meses del otoño, siendo así que sus fechorías le hacen indigno de tan templada calificación. Horrorizan los pronósticos que escriben los autores del Calendario, y ya podemos preparar fuertes paraguas, por si se realizan.

La Virgen nos trae lluvias en las cuentas de su bendito Rosario; vientos y tiempo revuelto, la poética y espiritual Santa Teresa de Jesús; nubes y frios, el Arcángel Rafael, y parece que San Quintín hará el día 31 de las suyas, armando una de chubascos y de ventiscas, que será preciso cobijarse debajo de tierra.

Si esto merece llamarse otoño, que venga Dios y lo vea.

Los labradores son los que no se dejan seducir por la careta con que disfrazan á Octubre, y es uno de los meses del año en que más se afanan, llamándole con justicia la *invernada temprana*. Apenas concluida la vendimia y la recolección del maíz, dan una labor profunda á las tierras arcillosas para facilitar la acción de las heladas y de las influencias atmosféricas, que tanto importan al buen éxito de la sementera. Los días secos los aprovechan para sacar las coles, las zanahorias y las remolachas que aún permanezcan sembradas, dando las hojas al ganado, porque ya apenas tiene nada que pastar en las campiñas y en las praderas, desnudas de toda clase de hierbas.

Hacia fines del mes se hace la monda y trasplante de los árboles de bosque, y suspenso como lo está ya el movimiento de la savia, se cortan á los frutales las ramas muertas, los musgos y el muérdago, abriendo hoyos destinados á nuevas plantaciones.

No se duermen los hortelanos, por su parte, sembrando en plántulas la simiente de las infinitas clases de ensaladas que se han de coger en primavera, sobre todo la lechuga romana, que es la primera que sale á plaza con su acompañamiento de coliflores y de escarolas, al paso que los jardineros revuelven sus tierras grandemente sin dejar que reposen un instante, con objeto de sembrar los esquejes de rosas, de jacintos, de tulipanes y de otras pocas flores, que serán más tarde el símbolo de las primicias primaverales. Las plantas más delicadas están ya todas recogidas en sus estufas, como gentes de buen vivir, esperando que les enciendan el fuego cuando lleguen los días, no muy remotos, en que no les baste el abrigo de los cristales.

Y á pesar de tantas precauciones, ¡cuántas pobres flores mueren al sentir el hálito del invierno, como muere ó se

marchita la vírgen que recibe el beso helado de los labios de un viejo! Es que la vida no puede comunicarse á lo que ha perecido ya, al paso que lo que ha muerto, inficiona y destruye con su frialdad lo que alienta todavía.

Colgadas las uvas, puestos los higos á secar, fermentando los mostos, y consumido el repuesto de postres de la otoñada, no nos queda más recurso que salir al campo para que nos apedreen los castaños y los nogales con sus frutos, emblemas verdaderos del pudor y de la castidad, ó esperar los días en que se establezca en la esquina la castañera tradicional con su hornillo, su caldera, el enorme fuelle que le sirve para avivar el fuego, y la lengua suelta con que pondera, desgarrando los oídos, las cualidades de su mercancía.

—¡Ahora salen las calentitas! exclamaba picarescamente una castañera madrileña en los buenos tiempos del *Curioso Parlante* siempre que veía salir de su casa á las hijas de un escribano domiciliado enfrente del puesto.

Lo cierto es que la presentación de este sabroso fruto está muy en carácter, porque Octubre da siempre la castaña á los ilusos que se figuran que el invierno no principia hasta el día 23 de Diciembre.

Mes de las almas tristes le ha llamado un poeta, y triste es en efecto el ropaje de la tierra, el color de las nubes y el cariz de lo que nos rodea. Se fueron las aves con sus cantares y las flores con sus matices; no quedan más que nidos vacíos y tallos secos y desnudos como los huesos de un esqueleto.

La Naturaleza está ya sumida en su letargo acostumbrado.

Dejémosla en su tranquilo reposo para que cobre nuevas fuerzas, porque su sueño es la imagen, pero no la realidad de la muerte.

Dicen en nuestra poética tierra de Andalucía que donde cae una lágrima de alegría nace una rosa, y donde cae una lágrima de amargura nace una ortiga.

Si esto fuera cierto, la tierra empezaría á cubrirse de ellas y á punzarnos con su contacto desde que empiezan á alborear los primeros días de este mes, que para que nada le falte de *agradable*, hasta tiene su treinta y uno.

Ya oímos el bramido del ciervo, que al desafiar celoso, de puro enamorado, á su ardiente hembra, nos anuncia la proximidad de nuestras grandes monterías en la sierra, mientras la chocha se abre paso entre los ánades y las avefrías.

C. P.

EL ARTE DE LA CETRERÍA.

Un rey de Francia, Luis XIII, si mal no recordamos, elevó á la dignidad de condestable al joven Duque de Luyne, como recompensa por haber amaestrado varias picazas rojas en perseguir gorriones al vuelo.

La picaza, dicho sea de paso, es un ave que, aunque pequeña de cuerpo y de miembros delicados, atendidos, sin embargo, su valor, su pico ancho, fuerte y encorvado, así como su vehemente apetito por la carne, se coloca en el rango de las aves de rapiña, y áun de aquellas que son más soberbias y sanguinarias. Es de admirar la intrepidez con que una picaza combate contra las urracas, las cornejas y los cernícalos, aves mayores y mucho más fuertes que ella, y no solamente para defenderse, sino para acometer, lo que siempre verifica con ventaja, sobre todo cuando se reúnen macho y hembra á fin de defender el nido de las asechanzas de sus antagonistas. Así es que las aves de rapiña más valientes respetan á las picazas, y las más cobardes las temen, como sucede á los cuervos y á los milanos.

Nada representa mejor en la naturaleza el poder y los derechos de la fuerza y de la valentía que el ver á esta pequeña ave, poco mayor que una alondra, volar sin temor alguno á par de los halcones, los gavilanes y demás tiranos del aire; cazar con osadía en sus dominios, burlándose de su poder, arrojándose hasta á las perdices y lebratillos. Al caer sobre un pájaro le asen entre las uñas, le abren la cabeza con el pico, cortándole el pescuezo, y después lo despluman para comérselo á placer, llevándose al nido los pedazos que les sobran.

Todas estas condiciones son las de las feroces picazas, que contribuyeron en época no muy remota, como hemos

dicho anteriormente, á honrar á un magnate nada ménos que con el bastón de condestable.

Pero á otros tiempos, otras costumbres; y el hombre que hoy amaestraba toda una legión de aves accipitrés, pasaría desapercibido por completo y sin recompensa alguna por parte de nadie, porque desgraciadamente ha caído en desuso el nobilísimo arte de la cetrería, que no resucita en el continente europeo, á pesar de las excitaciones entusiastas de sus adeptos.

El siglo presente es utilitario por esencia y potencia: se gastan capitales enormes en empresas gigantescas; se alteran hasta las condiciones geográficas del globo; no hay obstáculo, por insuperable que parezca, que el hombre no considere con desdenosa sonrisa, teniendo en ménos que su fuerza de voluntad; pero en el fondo de esas obras colosales hay siempre un pensamiento económico, y se dejan á un lado las ostentaciones caballerescas, que sólo servían para aumentar el esplendor de la riqueza y el poderío de los grandes señores de la nobleza, que no omitían gasto, por crecido que fuese, con tal de dar satisfacción á las exigencias de su jerarquía, sin curarse para nada de si eran ó no reproductivos los dispendios ocasionados.

Pasó todo aquello envuelto en los torbellinos del tiempo, desapareciendo de los posteriores anales venatorios el largo reinado de los azores, los sacres, los gerifaltes, los bornis, los esmerejones, y tantas otras aves como dominaron, á la vez que en el espacio, en la voluntad y en las costumbres de unas generaciones que vincularon en sí unos ideales, unos hábitos y unas empresas que bastaron por su índole, su caballería y su romanticismo á dar nombre y fama á una de las edades con que se clasifica la existencia del hombre.

El halcón, entre todas las aves de rapiña, era el preferido por los cazadores para figurar en esos aéreos combates, que ya alguna vez hemos descrito en las columnas de nuestro periódico.

Según las épocas en que eran cogidos, llamábanse los halcones en Mayo *halcón real*; desde Junio á Setiembre, *halcón gentil* (neblí); en Enero, *halcón peregrino*; *soros*, cuando áun tenían las primeras plumas; *halcón de guarida*, después de la muda, y *halcón zabareño* cuando era viejo.

La primera operación consistía en *armar el pájaro*, ó sea colocarle en las patas una especie de anillo, cascabel ó placas pequeñas de metal, donde se grababan las armas del dueño del ave.

Los halcones jóvenes se tenían en un sitio seco y sobre una alcándara forrada de paño grueso para que no se lastimasen las garras, ó las *manos*, como se dice en el tecnicismo de la cetrería, y luego, con objeto de *adestrarlo*, se le *pestañeaba*, pasándole los párpados con una hebra de seda por medio de una aguja, de modo que el animal no pudiese ver sino los objetos colocados delante de él.

Dábase la primera lección en un paraje oscuro: puesta al pájaro la caperuza, y teniendo en el puño, se le agita con violencia, quitándole de repente lo que le privaba de la vista, y mostrándole la comida colocada sobre un armadillo que tenía la figura de un ave, hecha con paño encarnado. Mientras comía se le ponía encima un guante, acostumbrándole á soportar el peso sin extrañarlo, retirándole entonces la comida y presentándole en su lugar el pájaro vivo sobre que debía arrojarse. El halconero lo *reclamaba*, y al obedecer dócilmente el mandato, podía decirse que era un pájaro *asegurado*, repitiendo la lección dos ó tres veces en campo raso.

Antes, sin embargo, de quitarle el fiador ó cordelillo con que se ataba á los halcones cuando empezaban á volar, se le ponía en *cura*, lo cual consistía en hacerle tragar unas bolitas de algodón hervido con vino blanco y clavos de especias, destinadas á limpiarle bien la molleja. Después se le bañaba en agua tibia mezclada con pimienta y ceniza de romero, para quitarle el piojillo. Al día siguiente del baño trabajaba el ave libre y sin fiador ninguno, desarrollando toda la plenitud de sus instintos, perfeccionados y aguzados con la enseñanza del halconero.

Un halcón bien amaestrado, *liándose* con su presa y obedeciendo á la voz del *reclamo*, no tenía precio, ni había dinero bastante para pagarlo.

Las plumas de los halcones muertos se conservaban cuidadosamente, numerándolas por orden para reemplazar

las que perdían en los combates los halcones vivos, introduciendo el cañón y pegándolo á la carne con cola de pescado. Así es que hasta se sabía aumentar ó disminuir á capricho el vuelo de un pájaro.

Las aves amaestradas caían sobre toda clase de piezas de caza, tanto de pluma como de pelo, desde la codorniz y la perdiz hasta el conejo ó la liebre. Todo dependía de la educación que se le daba. La costumbre era levantar la caza con perros y desencapillar al halcón para que la cogiese.

La cetrería alimentaba con sus atractivos brillantes y numerosos trenes compuestos de damas y caballeros, de pájaros, de halconeros, servidores, caballos y perros, y su esplendor no tenía más límite que la fortuna del señor que se procuraba aquel placer supremo.

La caza, y sobre todo cuando se practicaba por el arte de la cetrería, era privilegio exclusivo de los grandes, los cuales hacían de ella tan orgullosa muestra, que ninguna noble castellana ni ningún magnate de aquellos tiempos se presentaba en público, en la guerra y hasta en el templo, sin llevar como principal ornamento un halcón en la mano enguantada con la pihuela.

Si hoy nos presentásemos en la iglesia con un pájaro en el puño, se nos tendría por locos ó por impíos.

Pero ya lo hemos dicho y volvemos á repetirlo. A otros tiempos, otras costumbres.

Así lo manda la ley de la civilización.

F. C.

EL UROGALLO.

Esta hermosa ave es conocida por los nombres de urogallo, gallo montés, gallo silvestre, gran gallo y pavo silvestre; es la mayor de las del orden de las gallináceas que pueblan los bosques de Europa, y pertenece al grupo de las *Tetraodinae*. Habita las regiones montañosas, especialmente los pinabetares de la alta montaña. También se halla en la Laponia, y en la Siberia es bastante frecuente.

Su residencia favorita son los montes elevados que tengan barrancos, ó bien eminencias próximas á prados y bajos húmedos.

Durante el día se oculta en la parte más recóndita de los bosques, y se encama debajo de las matas de brezo ó en las pimpolladas; pero por la tarde vuela á encaramarse sobre un árbol inmediato, produciendo con las alas un gran ruido, para dormir encima de una de sus ramas, y así librarse de sus enemigos.

Esta costumbre permite al cazador dar con su retiro y aproximarse á él, que no siendo así, le sería muy difícil, porque el urogallo es muy astuto y por elegir de día los sitios más sombríos de los bosques.

Su alimento en los meses fríos consiste en yemas de las especies coníferas y amentáceas, especialmente el hayuco; también come las bayas maduras del enebro; en la primavera, verano y otoño se mantiene con las hojas y la flor de maíz, algarroba, arveja y otras plantas. En su tiempo busca la frambuesa y la mora de zarzas, el fruto del haya y las bellotas, así como los granos de cereales y los caracolílos.

En los meses de invierno se domicilia en bosques de especies coníferas, y en las otras estaciones pasa á habitar los de especies amentáceas, hasta que llega el frío.

El macho se diferencia mucho de la hembra, no tan sólo por el tamaño, sino por el color de la pluma.

El pico del urogallo es romo por la punta, muy corvo, y mide 5 centímetros de largo; las fosas están cubiertas de pequeñas plumas negras. Según la edad, se forman al rededor de sus ojos unas calvas verrugosas de color rojo. La pluma de la cabeza es tornasolada azul de acero, y varía hasta el color violáceo; de su garganta pende un mechón de plumas, en forma de barba, de color negro. La parte posterior del cuello, el dorso y vientre son negros, y á los dos lados de la pechuga se ven diseminadas algunas plumas blanquecinas. La parte anterior del cuello y el fondo de la pechuga, del mismo color que la cabeza. Las alas, de color castaño oscuro, están surcadas por fajas negras que concurren á una mancha blanca situada en las articulaciones de las mismas. Las plumas de la parte inferior son negras, así como las remeras y las diez y seis



LA CAZA DE BALLESTERIA.

que constituyen el *timon*. Estas últimas están festoneadas de amarillo y tienen todas algunas manchitas blancas de forma regular. El plumaje debajo del *timon* es negro mezclado con blanco.

Los piés del urogallo son calzados con plumas de color rojizo salpicado de blanco; los dedos están cubiertos de escamas color ceniciento oscuro, y las uñas son negras, romas y fuertes.

El urogallo mide, siendo ya bien desarrollado, desde el pico á la cola 0,84 milímetros, y de vuelos, 0,88 milímetros, y en algunos ejemplares pasa de 1,5 milímetros. El peso ordinario de un buen macho es de 7 kilogramos, pero varios han llegado á los 8,500 kilogramos.

El celo de esta ave empieza á fin de Marzo ó primeros de Abril, segun la primavera sea más ó menos temprana. Dura de cuatro á cinco semanas.

Hasta esta época el macho vive separado de las hembras; pero una vez en ella, él las reclama por medio de su canto al sitio elegido, ó las busca en los lugares en que moraron el año anterior, y reúne de diez á doce en torno suyo.

El urogallo es extremadamente celoso de sus derechos maritales, y no permite la proximidad de otros más jóvenes. Los que son muy viejos y no están en situación de poder fecundar los huevos de todas sus hembras, son tan tiranos como en sus mejores tiempos, y esto da lugar á que muchas hembras no saquen pollos, lo cual contribuye á que esta especie no sea tan numerosa como debiera.

Así que el día ha desaparecido y se presentan las primeras sombras de la noche, el urogallo se encarama generalmente en la parte más alta de un árbol, donde él cree poder dominar más terreno. Siempre se posa en el mismo que se posó el primer día del celo. En este crítico momento debe el cazador estar en acecho detras de otro árbol cualquiera para observar lo que hace el urogallo, y fijarse en el árbol sobre el cual se haya posado.

En este caso, lo procedente es que el cazador se retire y vaya á descansar, para que ántes, mucho ántes de amanecer, regrese al monte á situarse detras del árbol en que se encontraba cuando el urogallo se posó, y á dicha hora estará aún dormido; pero si no fuese así, es inútil que trate de aproximarse á él, por que ya habrá volado al sentirle llegar.

Si le encuentra dormido, procure no hacer el menor ruido y espere á que dispierte, porque inmediatamente se encela. Este acto empieza por un sonido gutural que produce y suena como si se pronunciase *tut, tut*, ó semejante al que producen dos palos secos al chocar entre sí. Á éste sigue otro tono igual al que se produce cuando se adhiere al paladar la parte inferior de la lengua y se la separa súbitamente, tono que repite varias veces, terminando con un silbido que suena *huish*....., y que mientras el ave le produce abre el *timon* en forma de abanico, deja caer las alas, baja la cabeza, y las plumas que penden de su garganta se ponen erizadas, y gira sobre la rama, ó va y viene por la misma. Durante este final se puede aproximarse á él, porque no ve ni oye nada hasta que el *éxtasis* ha pasado.

El cazador debe aprovechar el tiempo que dura este final, suficiente á dar tres saltos largos ántes que haya terminado el silbido del pájaro; seguidamente permanecerá inmóvil hasta que el urogallo vuelva á hacer el reclamo en su parte final, y entónces lo aprovecha para dar otros tres saltos, y así sucesivamente hasta llegar á un punto desde el cual pueda hacer fuego. Es de advertir que cualquiera que sea la posición en que haya quedado el cazador al terminar el silbido del pájaro, no la debe abandonar, por molesta que sea, porque bajar un pié que quedó en el aire, es suficiente á que lo barrunte y vuele.

Al rayar la aurora, abandona su elevada posición para reunirse con las hembras, que, atraídas por su reclamo, esperan á su señor, que se arroja al suelo á disfrutar las delicias que anhela.

Mientras el macho reclama, las hembras le responden *gat*....., *gat*....., y concurren al lugar de la cita.

La hembra mide 60 milímetros de longitud, cuando más, desde el pico á la cola (*timon*), y 96 milímetros de vuelos.

Su pico es negruzco, y desde la garganta hasta el pecho, de color rojizo; este último está salpicado de

manchitas blancas. La parte inferior de éste y el vientre son de color de hierro oxidado, con algunas manchas negras ó color de café.

Sobre la cola (*timon*), que es de color rojizo, se extienden líneas negras trasversales.

Así que termina el celo, se esconde en cualquiera pimplada, ó entre los helechos, á guardar su nido, que contiene de 6 á 16 huevos de color amarillo claro, con manchitas de óxido de hierro; sobre él está echada cuatro semanas, y no se levanta más que para buscar su alimento, despues de haberle cubierto con hojarasca ó helechos.

Apénas salen los pollos del cascaron, siguen á su madre, á la que no abandonan hasta el próximo celo.

La carne del urogallo es dura y tiene siempre un gusto á resina; á pesar de esto, se le ve formar parte en los manjares de las mesas aristocráticas de todos los países del centro de Europa, más por lujo que por gusto. La hembra es más sabrosa, pero los pollos son muy tiernos y sabrosísimos.

El urogallo se caza exclusivamente en el tiempo del celo, porque en el resto del año es casi imposible, á causa de la susceptibilidad de sus sentidos. Los buenos cazadores lo matan con bala.

Las hembras no se matan en los países en que los he visto más frecuentemente, sino por una rara excepcion; pero los pollos se cazan desde Setiembre á 1.º de Marzo.

En España tambien se encuentra el urogallo en la alta montaña de las provincias del Norte. En el alto Aragon y en Navarra, en los valles de Roncal y Aezcoa, en el monte de Irati y Roncesvalles, donde los he oido en el celo, sin tener la suerte de verlos.

La caza de esta ave no tiene semejanza con ninguna otra, y es de un gran atractivo, aunque ocasiona molestias que un verdadero cazador no debe rehuir.

TORRE AYLLON.

MANEJO DE LA ESCOPETA.

Hay un punto sobre el cual no nos cansaremos nunca de insistir, y es la precaucion con que todo cazador debe manejar la escopeta. Los graves accidentes que ocurren frecuentemente reconocen por origen la imprudencia, la ligereza y la falta de reflexion, defectos que se traducen de mil maneras, y que si una vez hacen reir, noventa y nueve son causas de desolacion y de llanto.

Claro es que no podemos exigir el que una cabeza de veinte años tenga tanto seso ni tanto aplomo como la de un cazador experimentado y ducho en el manejo de las armas; pero es lo cierto que sería muy caro el comprar la prudencia á trueque de herir, ó quizás de causar la muerte á algun camarada.

La primera de las precauciones que han de tomarse es la de no dejar nunca en casa la escopeta cargada. Con el antiguo sistema de baqueta era toda una empresa descargar el arma, valiéndose del sacatrapos, y se comprende que una persona perezosa ó negligente dejase la escopeta en el estado en que se encontrara; pero hoy, en que no hay que hacer más que retirar simplemente los cartuchos, no puede alegarse ninguna razon ni pretexto que justifique tan lamentable descuido. Los cartuchos no han de dejarse rodando por muebles y habitaciones, porque puede haber niños que, curiosos como los de su edad, todo lo tocan y todo lo registran, y si peligroso es jugar con fuego, peor es todavía hacerlo con la pólvora y el fulminante.

«No se sabe lo que puede suceder», dicese comunemente al hablar de las armas de fuego. Se sabe muy bien, por el contrario, añadimos nosotros, porque lo que ocurre con seguridad es un accidente desgraciado.

Al salir á una cacería se cargará la escopeta al entrar en el monte, quitando los cartuchos al terminar cada batida ó cada ojeco, ó al subir y bajar por sitios peligrosos de una caída. Es una costumbre buena, y ni penosa ni difícil de contraer.

Cuando la escopeta esté cargada no ha de bajarse el pié de gato bruscamente, ni levantarse los cañones con la mano izquierda al nivel de los compañeros, sino mirando al suelo, ó mejor mirando siempre al cielo. Sucede

muchas veces que la envoltura de carton, hinchada con los tacos interiores, no entra cómodamente en los cañones: el cazador no se obstinará nunca en introducirlos á la fuerza, porque oprimiéndolos con los dedos conseguirá su objeto sin trabajo y sin peligro.

Si á pesar de ello fuese imposible meter el cartucho, no debe imitarse la conducta de aquel impaciente cazador á quien le ocurrió empujarlo dándole golpes con una piedra. La pólvora se inflamó, la carga de plomo hizo un enorme agujero en la tierra, casi entre las piernas de los cazadores inmediatos, y el fondo metálico del cartucho, saltando hácia atras, hirió al cazador.

Cúidese en el momento de cargar que las llaves estén en el seguro; mírese siempre el sitio que ocupan nuestros compañeros de expedicion, y no se lleve jamas en direccion de la gente la boca de los cañones. No pueden preverse los movimientos que han de hacerse obligados por los lances de la batida ó la naturaleza del terreno, y sobreviene una desgracia en ménos tiempo del que se necesita para pensarlo. Nada hay más desagradable que ver unos cañones apuntando en la misma direccion de nuestro cuerpo, y ahora es el caso de recordar el precepto evangélico de que lo que no quieras para tí no se lo hagas á otro.

El uso del porta-fusil es muy cómodo cuando se tiene que andar mucho camino. La escopeta, llevada con su auxilio, tiene la ventaja de que los cañones van boca arriba, y luego, cualquiera que sea el peso del arma, no hay necesidad de cambiarla á cada instante de brazo ó de hombro, á fin de evitar el dolor de la clavícula ó de la sangría. Si por casualidad se tira con escopeta sin porta-fusil, falta tiempo para procurárselo en la primera ocasion, apercibiéndonos más pronto de los inconvenientes de su ausencia que de los pequeños obstáculos que puedan oponerse á la rapidez del tiro, obstáculos que casi han desaparecido con el perfeccionamiento de las correas modernas, provistas de anillos y hebillas que permiten echarse instantáneamente la escopeta á la cara, aunque se lleve en bandolera, como ya hemos indicado. Con desenganchar el mosqueton se recobra al punto la libertad de movimientos.

El arma se ha de llevar siempre lo más quieta posible contra un punto de apoyo, y no balanceándola como el baston de un tambor mayor. Miéntas más inmovilidad, ménos peligro; y si el cazador se pára, bien para tomar aliento ó ya para encender un cigarro, no apoyará la escopeta en su cuerpo, ni cubrirá la boca de los cañones con la palma de la mano, sino que la dejará en el suelo ó arrimada, que es mucho mejor, al tronco de un árbol ó á las ramas de los arbustos.

Teniendo presentes estas ligeras y sencillas indicaciones, se evitan muchos percances á que puede dar lugar la inexperiencia, y sobre todo la precipitacion en el manejo de la escopeta.

Despues de causado el mal, son las lamentaciones tardías por no haber tenido presente el sabio proverbio que viene de molde á los cazadores:

«Más vale un por si acaso que un ¡quién pensára!»

J. M. C.

PESCA DE RANAS.

Pasado el estío y sobrevenidas las lluvias otoñales, cambiando por completo las condiciones atmosféricas, ha llegado la época más á propósito del año para coger ranas, que se agolpan en cantidades enormes á los sitios húmedos y á los charcos producidos por las primeras aguas de que estaban sedientas.

Hablemos, pues, algo sobre la pesca de estos batracianos, tipo verdadero de la deformidad animal, ántes de que se entierren en la arena, donde pasan un letargo que dura todo el invierno, sin detenernos á describirlos científicamente ni á reseñar su historia y sus costumbres, puesto que ya lo hicimos en el número 12 de este periódico, correspondiente al día 30 de Abril de 1878.

Las noticias dadas entónces sobre su pesca fueron muy sucintas, y ahora vamos á ampliarlas en lo posible.

Entremos en materia, ó por mejor decir, acerquémonos á los riachuelos y á los charcos venciendo la natural re-

pugnancia que inspiran aquellos ojos saltones que parecen próximos á desprenderse de sus órbitas, aquella cabeza chata y verdosa, aquellas zancas horribles, cuya carne es tan estimada en el mundo gastronómico, y aquella piel reluciente y viscosa que les da cierta semejanza con una porcion de fango sucio y negruzco animado de repente por el soplo generador de la vida.

Sabido es que las ranas se dividen especialmente en dos especies, ambas muy abundantes, y que se encuentran en los sitios húmedos, en los aguaderos, en las márgenes de las fuentes y en los pantanos: la rana comun (*rana esculenta*) y la rana rojiza (*rana temporaria*), teniendo ambas la facultad de dar saltos enormes á causa del desarrollo y de la fuerza sobrenatural de sus acerados músculos.

Las costillas en este animal se hallan en estado rudimentario; así es que la respiracion no la efectúa, como los demás seres, por medio del juego de las costillas. Cuando quiere respirar abre su enorme boca, traga una cantidad de aire que deglute primero y hace penetrar despues en los pulmones, convirtiéndolos en una especie de despensa, donde guarda sus provisiones de respiracion para mucho tiempo. Se comprende que no viéndose obligada á renovar con frecuencia el aire contenido en los pulmones, pueda permanecer largos períodos sin esa necesidad tan imprescindible en los otros seres.

Hay muchos modos de pescar ranas; pero los más usuales y corrientes son con red, con caña ó con ballesta.

La red que se emplea para este género de pesca es una red pequeña llamada buitron, en forma de bolsa, con cuarenta ó cincuenta centímetros de profundidad, de mallas espesas y sujeta á un montante de hierro cuadrado, y sujeto á su vez sobre un mango de dos metros de largo. Esta red se introduce en el agua á manera de gran cucharón, retirando de ella y echando al cesto las ranas que salgan aprisionadas en el fondo.

La caña usada comunmente es la más primitiva de todas las cañas conocidas: compónese de un varejon largo y delgado, y de un bramante algo más corto, fuerte y bien retorcido. Para cebo se pone la piel de una rana, en forma de bola; pero hay muchos pescadores que prefieren un trozo de paño encarnado, que atan con un nudo al final de la cuerda. Otros, por último, se sirven de anzuelos cebados con insectos de todas clases.

Cualquiera que sea el cebo ó carnada que se ponga, se la hace mover delante de la rana, y ya esté el animal en el borde, ó bien á flor de agua, se arroja sobre aquel objeto y lo traga al momento. Entónces es cuando se tira sin violencia, sin sacudimientos, y sale la rana colgando del hilo, porque prefiere dejarse arrebatar ántes que soltar la presa. Su voracidad es tal, que una rana errada se deja coger pocos minutos despues con el mismo cebo.

La ballesta es sin disputa lo que constituye el sistema más divertido y agradable para entregarse á este recreo piscatorio.

El arma ha de tener el resorte ó muelle muy fuerte, y un tubo en vez de la ranura. El virote ó jara, como decían los antiguos ballesteros, se sustituye con una flecha ligerísima hecha con madera de nogal, de mimbre ó de sauce. La extremidad posterior de la flecha no ha de ser más larga que el tubo del arma, teniendo en la punta un regaton de hierro afilado y agudo como el pincho del anzuelo.

Armado de tal suerte el pescador, ó cazador, como quiere llamarse, se dirige al punto que convenga á su propósito, pudiendo acercarse hasta á dos ó tres metros de distancia de las ranas, cuidando mucho, por supuesto, de no hacer ruido: entónces apunta con lentitud, acercando el extremo de la flecha al animal, y hace el disparo. Si ha tenido buena puntería, queda la rana atravesada de parte á parte.

Esta pesca, que se hace en seco, como comprenderán nuestros lectores, es muy fructuosa, y se llenan presto los cestos de mimbre con grandes tapaderas que se llevan á prevención, por los aficionados á la sopa exquisita que se hace con las zancas de este animal, única parte que utiliza en sus guisos y composiciones el arte culinario.

C. F.

EL GALGO.

El galgo que ha de elegirse para la reproduccion ha de tener las siguientes condiciones: el hocico, largo y delgado; la boca, rasgada; la mandíbula inferior, que no sea muy corta, porque cae en el defecto de *picon*, y no *embarará* bien; los ojos, grandes; las orejas, pequeñas, delgadas y flexibles, ya estén recogidas hácia atras ó sobre el oído; la cabeza, pequeña y ligera; el pescuezo, largo y no grueso, bien colocado en la cabeza y pechos; los brazos bien separados del pecho, que será robusto y ancho; las agujas, bajas, para no encontrar resistencia al *rematar*; el cuerpo, largo y haciendo arco hácia atras, con las costillas bien sesgadas; poco vientre; el lomo, alto, grande y carnoso; las caderas, grandes, y las piernas, altas y rectas, y el rabo, largo, delgado y duro.

Las cuatro extremidades, ademas de la conformacion citada, han de ser huesosas, secas y fuertes los tendones; la huella, ni grande, ni demasiado pequeña; es preferible la llamada de *gato*, por su igualdad; la talla, más bien grande que pequeña; todo el animal en general, poco carnoso, pero sí gordo y nervudo; no mucho peso, pero sí fuerte y fino; su color es preferible el barcino, porque el blanco es frio y sucio, y el negro, demasiado fogoso; importa poco que sea pelifino ó *churro*.

A esta conformacion, semejante á la de la liebre, que es con quien ha de luchar, ha de procurarse la nivelacion de fuerzas, que es la que presta resistencia, ligereza y gallardía, y á más una naturaleza ardiente y viva, constituyen así un sér superior, que tantos placeres proporciona á un aficionado.

La galga que se elija para criar ha de tener las condiciones indicadas en el macho.

Tan luégo como ésta empiece á salir, se la separará de todo contacto con otros perros, y cuando admita, se la pone dos ó tres veces lo más el perro designado, y despues cuando haya cesado la calentura, se la vuelve á su estado habitual. De este modo hay evidencia de que los cachorros serán de pura sangre, pues importa muy mucho el *enrace*. A los dos meses de haber *admitido*, parirá seis ú ocho perrillos con los ojos cerrados, que no los abren hasta los diez ó doce dias. Durante la preñez debe alimentarse muy bien la perra y trabajarla con cuidado, sobre todo en el último mes. No conviene que se apoltrone, ni tampoco un excesivo trabajo, y ninguno en los ocho últimos dias. La primera vez que *salga*, que será al año y medio, conviene mucho ponerla perro para que se forme; pero despues durante su vida pocas veces, porque está demostrado que se envejecen y padecen mucho, perdiendo las fuerzas que tanto necesitan para la carrera. Hay aficionado que siempre pone perro á sus galgas, porque cree que si no se estropean. No somos partidarios de semejante abuso, pues aún cuando durante el tiempo que habrían de estar preñadas están pesadas, y por lo tanto con ménos carrera, tambien es cierto que se las utiliza más, están más gordas, más frescas, y al *desempecharse* entran en carrera con energia sin igual. La perra parida exige cuidados y no se la cazará ínterin no haya dejado de *purgar* y esté bien repuesta, pues este estado la tiene mucho más floja que preñada.

Hasta que no es vieja no debe nunca criar, y sólo debe dejársela cuatro ó seis dias los cachorros para que la descalostren; despues se entregarán á otras perras, grandes, sanas y robustas.

E. DEL RIO.

(Almaraz.)

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

CORZO MECHADO.

Quitada la piel al corzo, se corta en pedazos algo más pequeños que los de vaca mechada, y se les introduce en un lado pedacitos de tocino muy delgados, bien mojados en zumo de tres limones á lo ménos, y se recubren con un limon cortado en rodajas.

Al siguiente día se pone manteca buena á derretir en una cacerola, y cuando empiece á dorarse se echan los pedazos mechados, despues de espolvorear con harina los lados no mechados. Cuando éstos han tomado color, como se dice en términos culinarios, se bañan en zumo de limon de nuevo, y se añaden pimienta, sal, nuez moscada en polvo, perejil, una zanahoria, una ó dos cebollas y un clavo de especia, y se deja cocer hasta que el corzo esté tan tierno que lo traspase una paja.

Entónces se sacan los pedazos y se colocan en un plato, y se procura que no se enfrien miéntras que se pasa el caldo de la coccion al traves de un tamiz. Hecho esto, se vuelve á poner el caldo en la cacerola, y

se le espesa hasta que se haga una jaletina, con la que se cubren los pedazos. La que quede pegada á las paredes de la cacerola se aclara con un poco de vino de madera, y se pone á cocer en ella un puñado de hongos de la mejor calidad, bien limpios. Si la salsa queda despues clara, se espesa con harina y se echa sobre los pedazos, teniendo cuidado de que los hongos formen como un cordon alrededor de aquéllos.

Este plato, fácil de digerir, es exquisito.

TIMBAL DE PALOMAS.

Para hacer la pasta se procede de este modo. En el recipiente de hacer pasteles se echa una libra de flor de harina bien seca, se corta en pedacitos delgados sobre aquélla una libra de manteca fresca, se sala y amasa con agua, de la que se tendrá mucho cuidado no poner demasiada, á fin de que la pasta tenga consistencia. No deberá extenderse en el molde sino en el momento de servirse de ella.

Para el relleno píquense bien menudos 250 gramos de vaca, un pedacito de hígado, 60 gramos de tocino y 125 de médula de buey. Hecha bien la mezcla, añádanse 47 gramos de pan bien mojado en caldo, despues de haberlo exprimido y mezclado con un pedacito de ajo y dos huevos.

Toda esta mezcla se pone, por último, en un gran mortero y se pica hasta que quede reducida á una pasta, sazonándola despues con pimienta, sal, clavos de especia y nuez moscada.

Para formar el timbal se toma una cacerola que sea tan ancha como alta, se untá interiormente con manteca, y en seguida se la espolvorea con pan rallado. Se extienden las dos terceras partes de la masa, procurando que tenga un espesor de dos duros, y se pone en la cacerola dejando que sobresalga de sus bordes como un dedo. Despues se echa el relleno apretándolo ligeramente, y se guarda una cucharada.

De antemano se tendrán cinco ó seis palomas, de las que se habrán sacado ya los hígados, cortados en cuatro partes y metidos en agua fresca un momento. Despues de bien secos se freirán á fuego muy vivo con un cuarteron de manteca con una cabeza de ajos machacados, unos pedacitos de tocino muy delgados, dos hojas de laurel, cuatro pedazos de limon, pimienta y sal, y por último, un vaso y medio de buen vino y la misma cantidad de caldo. Despues de quince ó veinte minutos de coccion se apartan y dejan enfriar. Frios ya, se colocan dentro los pedazos, y se echa encima el caldo en que se han frito, extendiendo por cima la cucharada de relleno que quedó ántes, cubriendo el timbal y cuidando que queden bien unidos los dos bordes de la masa.

Este se dejará en el horno á lo ménos hora y media. Hasta el momento de presentarse á la mesa no se sacará de la cacerola.

LANGOSTA Á LA AMERICANA.

Se toma una langosta viva y se corta en pedazos iguales, teniendo cuidado de recoger el agua que suelte.

Se sofríen los pedazos en aceite hirviendo, se añade sal, especia, pimenton, cuatro tomates y otras tantas cebollas picadas, y se le echa una botella de vino blanco, dejándolo cocer veinte minutos, añadiendo el agua que ha soltado.

Se saca la langosta de la cacerola, se espesa la coccion con manteca y jalletina de carne, se añade un poco de perejil machacado, zumo de limon, y se echa encima de la langosta.

Se sirve muy caliente.

GACETILLA.

PÓLVORA DE COLOR ROSADO.—Leemos en *El Semanal* de Pamplona, lo siguiente:

«Así como tuvimos un verdadero interes en dar publicidad al anuncio de la nueva pólvora de color rosado, de Vitoria, las noticias que vamos recibiendo de sus resultados nos obligan á dar la voz de alarma á nuestros compañeros. Segun parece, han ocurrido varios lances desagradables en pocos dias, y dejando á los narradores la responsabilidad del aserto, golpeando algunos granos sobre una planchuela dura se inflama á la presion del golpe. Esto ofrece serios inconvenientes, lo mismo al que use escopeta de piston que al que cargue cartuchos para otro sistema, y agradeceríamos mucho que se nos enviáran detalles por cuantos hayan probado la susodicha pólvora, puesto que sin que presida nuestras apreciaciones idea alguna en pro ni en contra del invento, creemos que conviene á todos esclarecer hechos que pueden ocasionar gravísimas consecuencias.»

**

AL «SEMANAL».—Este apreciable colega navarro nos hace algunas preguntas en uno de sus últimos números, relativas á interpretaciones de varios artículos de la ley de Caza.

Ibamos á contestar á nuestro querido camarada, como obligan las leyes de la cortesía, cuando reanudándose los trabajos de la Comision que ha de formar el Reglamento, otro deber nos manda no resolver en público cuestiones que están siendo objeto de estudio en el seno de dicha Comision.

Por consiguiente, rogamos á nuestro querido colega *El Semanal*, de Pamplona, que aplace la solucion de tales cuestiones para el día, no muy lejano, de la publicacion del Reglamento, ruego que hacemos extensivo á corporaciones y personas particulares que nos han enviado tambien otras varias cuestiones en consulta, seguros de que todas serán sometidas á la Comision que ha de resolver sobre este punto.

**

RESPECTO Á LAS GOLONDRINAS.—Segun nos escriben de Valencia, las poéticas golondrinas han regresado ya de su expedicion veraniega. Desde el domingo vuelan tranquilamente sobre aquellos campos, anunciando la aproximacion del otoño.

Con este motivo pide enérgicamente la prensa de

aquella capital que las autoridades prohiban, bajo las penas más severas, el cazar á estas inocentes avecillas que tantos beneficios dispensan al hombre, y que tan amigas se muestran del labrador.

IMPRUDENCIA DE UN PESCADOR.—Dice un diario de Santiago de Galicia, que hallándose pescando en la ria de Arosa un sujeto, tuvo la mala suerte de meterse en la boca un *jurelo* para darle muerte con los dientes, y que habiéndose escurrido entre los dedos el pequeño animal, se fué deslizando por la garganta del pescador, y le produjo la muerte á los breves momentos.

ASTUCIA Y DESENGAÑO DE UN LOBO.—Un pobre carretero avecindado en nuestras provincias del Norte se extravió una noche en lo más espeso del monte. Era el último invierno, frío y riguroso en extremo, y en la imposibilidad de encontrar el camino decidió acostarse, sirviéndole de almohada el musgo, y de punto de apoyo el tronco de un árbol corpulento.

No había cerrado aún los ojos, cuando vió á un lobo enorme, extraviado también sin duda, que empezó á dar vueltas al rededor del cuerpo del hombre, mirándole con una sorpresa mezclada de cautela.

Hízose el muerto el carretero hasta ver en qué paraban aquellos extraños paseos, llenándose de asombro al notar que el lobo lo iba cubriendo perfectamente de hojas y de ramas secas.

—¡Pobre animal, exclamó para sí, es sin duda un buen sujeto en su especie, que me abriga para que no pille un constipado.

El lobo se alejó, pero al poco tiempo se oyeron unos aullidos feroces que repercutían de un modo fúnebre los ecos de la selva.

Al punto comprendió el hombre que el tunante del animal había ido á invitar á sus camaradas á fin de regalarle juntos con una buena cena, y sin perder un momento se subió á lo más alto del árbol.

Cinco lobos aparecieron de seguida, empezando á revolver con furia las ramas secas, é imaginándose, al no encontrar nada en ellas, que su compadre les había jugado una mala pasada, la emprendieron con él á mordiscos, dejándole exánime en el lugar de la refriega.

El carretero, salvado por milagro, no pudo menos de soltar la carcajada y aplaudir con todas sus fuerzas á los actores de aquella terrible escena, que asustados del ruido extraño que escuchaban sobre sus cabezas, echaron á correr despavoridos, dejándole libre el campo.

LA PESCA MARÍTIMA EN FRANCIA.—Esto constituye en la nación vecina una respetable industria, de la que rara vez se habla, y sin embargo, en el año de 1873 se emplearon en ella 76.195 hombres; en 1874 se elevó á 78.772, y en 1875, á 80.451. En 1876 descendió á 79.676; pero al año siguiente subió á 80.230 hombres, y en 1878 el número de pescadores fué de 82.431. Entre los hombres, mujeres y niños que se dedican á esta indus-

tria, según la estadística oficial, llegan á una población de 130.000 personas. Una industria que ocupa tantos brazos merece bien ocuparse de ella, siquiera sea por la riqueza que crea y el valor que representa.

NUEVO EMPLEO DE LAS PALOMAS VIAJERAS.—Estos últimos días se han hecho ensayos muy interesantes en las costas de Inglaterra con palomas viajeras, que han servido para transmitir rápidamente á grandes distancias las observaciones meteorológicas. Muchas de dichas aves fueron soltadas en el puerto de Penzance, en las playas de Cornouailles, á 12 millas del Cabo de Finisterre, atravesando en seis horas la distancia de 270 millas que separa á este puerto de Londres, marchando, pues, con una velocidad de 45 millas por hora.



EL MES DE OCTUBRE.

Las tempestades en aquellas latitudes corren raras veces con una velocidad de 30 millas por hora, calculándose que un centro tempestuoso recorre, por término medio, de 16 á 17 millas por hora. Una paloma viajera le lleva, pues, considerable delantera para anunciar á tiempo el peligro á los sitios amenazados por los furiosos de las tormentas.

UN PERRO ATREVIDO.—Los periódicos alemanes refieren, garantizando su autenticidad, la siguiente aventura ocurrida en Holstein la noche del día en que se verificó la apertura de la caza.

Un joven cazador se detuvo en el bosque más de lo que pensaba, seducido por los atractivos de su recreo favorito, cuando empezó á llover con fuerza; la noche se echó encima, y no sin gran trabajo pudo salir de aquel laberinto y llegar á la puerta de una posada de buen aspecto situada junto á la carretera.

Pidió un cuarto y una cama, pero la posadera le respondió que no tenía más que uno con dos lechos, uno de los cuales estaba ya ocupado por una joven que acababa de llegar.

—Eso no importa, replicó el cazador; la noche está muy desagradable y me acomodaré en esa habitación como pueda, porque siempre es preferible que dormir al raso.

Nuestro hombre entró resueltamente en el santuario que guardaba las gracias y la virtud de la viajera, y sin echar siquiera una mirada indiscreta, según prometió á la

dueña del meson, se metió en la cama y apagó la luz, entregándose á las delicias del sueño.

El perro se acomodó sobre un pedazo de alfombra. Pero á la hora escasa de hallarse descansando le despertó el ruido de los gritos ahogados que exhalaba su vecina.

Crujían las tablas de la cama, las mantas volaban por el aire, y todo daba indicios de una lucha terrible.

Era que el perro, fastidiado y descontento de verse en el duro suelo, saltó al lecho de la joven, la cual, creyendo que se las había con el hombre, le decía con voz entrecortada y llena de espanto al sentirse oprimida por el cuerpo del animal.

—¡Por piedad, caballero, respete V. mi situación, y déjeme tranquila, ó de lo contrario llamo para que me socorran!

Ya se comprende que el caballero en cuestión no respondía ni una sola palabra, acurruándose cada vez más á su gusto, hasta que el cazador, riéndose de la aventura, llamó al perro y tranquilizó á la joven, que salió apresuradamente del cuarto para no verse expuesta de nuevo á que se la tomara por una liebre ó por una codorniz.

UN BUEN AMIGO DE LOS ANIMALES.—En los alrededores de Gonesse ha fundado recientemente cierto rico propietario del país una especie de hospital donde da acogida á una multitud de animales de edad avanzada, que se complace en cuidar, enseñándolos luego á cuantas personas visitan el establecimiento.

Tiene una vaca de treinta y seis años, un cerdo de veinticinco, una cabra de diez y ocho y un mulo de cuarenta.

En el corral hay una pintada de doce años y un ganso de treinta y siete, el cual, como es consiguiente, presenta á la vista todas las señales de la caducidad. La pechuga le arrastra por el suelo, y tiene las patas cubiertas de berugas monstruosas.

Vive en la pajarera un jilguero de veintiocho años de edad y un gorrión de treinta y uno, ambos muy achacosos. Cada animal tiene un certificado en que constan el día del nacimiento y los datos que constituyen su perfecta identidad.

Por este medio, tan práctico como ingenioso, será posible, de hoy en adelante, determinar la vida máxima de ciertas especies de animales.

COLAS DE KANGUROS.—El *Food-Journal*, de Londres, anuncia que ha empezado á importarse en Inglaterra un nuevo alimento. Este se compone de colas de kanguros, que llegan á Europa metidas en cajas como la carne de Australia.

Según el citado periódico, esta carne es bastante sabrosa.

ENTRADA DE LAS CHOCHAS.—Vamos llegando á la plenitud de los tiempos venatorios en que la chocha-perdiz, el encanto de los cazadores, empieza á poblar nuestros campos. ¡Bendita sea la venida de esa ave tan preciosa que hace la felicidad de nuestros camaradas!

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

ACABA DE PUBLICARSE EL VOLUMEN III, TITULADO LIBROS DE CETRERÍA.

Este volumen contiene el *Libro de la Caza*, del Príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves*, del Canciller Pero Lopez de Ayala, precedidas ambas obras de un *Discurso sobre los Libros de Cetrería*, del Sr. Gutierrez de la Vega.

Son las dos obras españolas de cetrería más famosas del siglo XIV, nunca publicada la primera, y dada á luz la segunda sin los errores de la edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Cuesta el volumen 6 pesetas en Madrid, y 7 enviándolo á provincias.

Para recibirlo á vuelta de correo basta enviar las 7 pesetas en una letra ó libranza del giro mútuo á la Administración, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.

MADRID, 1879. — Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.